



¿Por qué escribir, para qué, con quién?

Sofía De Mauro*

Maia Milman**

Valentina Ríos‡

Gina Lucía Aichino‡‡

escribir

para decir el grito

para arrancarlo

para convertirlo

para transformarlo

para desmenuzarlo

para eliminarlo

escribir el dolor

para proyectarlo

para actuar sobre él con la palabra

Chantal Maillard. 2004. *Matar a Platón*

En 2023 tuvimos nuestra primera experiencia como grupo compar-tiendo un taller de extensión de lectura y escritura creativa en la cárcel de Bouwer de Córdoba, en el marco del Programa Universitario en la Cárcel (PUC, FFyH).¹ Fue nuestra primera experiencia *en* hombres, *con* hombres, y eso nos produjo toda una serie de conversaciones, ansiedades, prejuicios y anticipaciones que fuimos trabajando –como pudimos, como nos salió– a lo largo de los meses que duró el taller. ¿Qué nos impulsaba? Escribir y leer literatura con otros, que el acceso al arte, a la educación y a las culturas en general no sea inalcanzable, que no sea sólo para unas pocas personas. En lo que sigue, ensayamos de manera polifónica algunas líneas

1 Como observarán en las siguientes páginas, acomodamos los márgenes para marcar las distintas voces de este texto colectivo, en particular, cuando alguna de nosotras habla en primera persona.

*Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - sofia.de.mauro@unc.edu.ar

**Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - maiamilman@gmail.com

‡Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - riosvalenav@gmail.com

‡‡Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - glaichino@unc.edu.ar

que forman parte de esa práctica constante que tenemos quienes hacemos extensión: cómo, por qué, para qué, con quién. Y el gran objetivo: intercambio de saberes.

Con hombres sí, con hombres no

Antes del taller de 2023, algunas de nosotras habían/habíamos participado en otro espacio también de lectura y escritura, pero con mujeres, en el Establecimiento Penitenciario N° 3 (EP3), entre los años 2017 y 2019. El mismo se llamaba “Bucear sin agua”, nombre que remite al título de un ensayo de Fernanda García Lao, en el que desarrolla qué es la literatura: “eso, es como bucear sin agua”. Nuestra intervención allí tenía un plus de sentido, algo de lo que siempre hablamos y denunciarnos quienes trabajamos en el espacio carcelario: la doble marginación que viven las “mujeres” (más aún si son lesbianas, trans femeninas o no binaries) privadas de su libertad. En la mayoría de los casos, no sólo son estigmatizadas por la sociedad en general al haber cometido algún delito (la mayoría de las veces, delitos menores, como narcomenudeo), sino que también son expulsadas de su entorno familiar. A diferencia de los hombres, que cuando están privados de su libertad sus parejas mujeres son quienes se encargan de la visita, de llevarles el bolsón, ropa, comida; en el caso de las mujeres privadas de la libertad suelen quedar solas, *ya no sirven*, nadie las visita, no las llaman, no se preocupan por ellas. Han roto el seno familiar, no serán perdonadas.

Mis comienzos de trabajar en cárceles se dieron hace bastante tiempo, cuando todavía me quedaban muchos años de universidad, y un poco por casualidad. Había partido de una convicción muy segura e inquebrantable: todas las personas tenemos derecho a la educación y tenemos derecho a ser tratadas como humanos. No tenía consciencia de todo lo que iba a significar para mi vida involucrarme en ese mundo paralelo, privado de todo, tan apartado del mundo que yo transitaba y había transitado en mi vida. En un comienzo había ido a dar clases de lingüística como ayudante alumna. Pocos estudiantes, una distancia abismal. Me sentía una extranjera, y no conseguía bajar la barrera que se había impuesto a primera vista. Yo era una pendeja de la universidad hablando de cosas que no entendía mucho.

Todo cambió con el taller de Bouwer con mujeres, “Bucear sin agua”, que mantuvimos por varios años. Sentía que lo que hacíamos servía de

algo, las participantes nos agradecían, nos decían cómo esperaban el taller de los jueves. Veíamos el progreso en ellas y en nosotras, cómo nos abríamos, cómo íbamos ganando seguridad entre todas en ese espacio colectivo, ese oasis que habíamos construido de a poco y con esfuerzo. Las distancias se achicaban con las lecturas compartidas, con los textos íntimos, vulnerables e improvisados que nosotras escribíamos junto a ellas. Nosotras junto a ellas. Porque la distancia es imposible de saldar completamente. Porque nosotras estábamos afuera y ellas estaban adentro. A veces, sentíamos culpa de entusiasmarlos tanto por ir a la cárcel, de esperar ese momento tan gratificante de compartir lo que habíamos llevado, las lecturas que pensábamos que les iban a gustar. Porque cárcel y entusiasmo son una contradicción. Y, sin embargo, ahí estábamos. El trabajo en Bouwer con mujeres nos demostró lo poderosa que podía ser la literatura y la escritura en ese encierro. Lo poderoso que era construir un espacio de creatividad y vulnerabilidad en un lugar así, en el que expresarse no diera tanto miedo.

En 2023 nos pidieron desde el PUC ir con hombres, porque *en* mujeres ya había otras ofertas. Recién volvíamos de la pandemia, recién podíamos regresar presencialmente a la cárcel, también. Dijimos que sí, como desafío, con la idea de que íbamos a trabajar con más participantes (*en* mujeres, con mucho éxito, cada encuentro tenía entre cinco a ocho personas). La singularidad del grupo coordinador, además, era que dos de nosotras ya habíamos estado trabajando en años anteriores y otras dos era la primera vez que ingresaban. El desafío era doble. Pensamos en el contenido: algo de trabajo teórico en torno a la literatura, la relación siempre compleja entre ficción y realidad, una selección de poemas y de cuentos. También, pensamos eventualmente en trabajar con “cuestiones de género”. Complicado... fue complicado pararse ahí.

Empezar a trabajar con hombres nos entusiasmaba, aunque todas teníamos nuestras preocupaciones. En lo personal, a mí me preocupaba que no me tomaran en serio, que no entendieran por qué estaba ahí, no saber expresarlo y no poder conectar con los asistentes del taller. Y todo eso terminó pasando de alguna forma.

Viajar al encierro

Nuestro taller en Bouwer no empieza en Bouwer. El viaje comienza desde que lo imaginamos, lo planificamos, nos desplazamos hacia allá y lo materializamos (a pesar de que nunca salga como lo planificamos). Compararnos cuentas por wasap, escribirnos por el googledocs, recomendarnos lecturas los días previos. Enviar el archivo al PUC para que impriman las copias, pasar a retirarlas. Bouwer queda lejos, salimos una hora antes para prever demoras. Está en la “periferia” de la ciudad, “afuera”. Escrituras desde el “afuera” para los que están “adentro”, “guardados”. Al llegar nos damos cuenta de que somos privilegiadas, los familiares u otras visitas de los presos sólo tienen un bondi, con muy mala frecuencia. La violencia en los márgenes espaciales y sociales. Bajar en el estacionamiento con el taxi pagado por la facultad o ingresar con el auto al predio, post inspección del baúl (que, por supuesto, es selectiva). Luego seguirá una revisión de la bolsa que llevamos, dejar llaves y celulares, y recibir la tarjeta de “ayudante espiritual” (siempre nos reíamos de esto, nunca pensamos que se relacionaría con el nombre que le colocarían luego a nuestro taller). Tocar puertas, ser palpadas y escaneadas. Sentir respeto y desprecio al mismo tiempo. Ruidos de rejas que se cierran a nuestras espaldas, conversaciones entre las mujeres que hacen la fila (que nosotras no tenemos que hacer), pasillos largos, fríos, oscuros, húmedos, probablemente recién baldeados. Olores.

Sólo ingresamos hasta donde nos dejan, hasta el área de educación, pasando las aulas-capillas. Atravesamos la última reja y entramos a un lugar luminoso, que se convierte en luminoso. Esteras y pizarrones decoran las paredes con frases y efemérides. Llegamos, y ellos en el patio interno siempre recibiéndonos con una sonrisa.

Llegamos el primer día un poco tarde. Siempre el tiempo se alarga allá: los controles, las visitas que ingresan agolpadas con bolsas llenas de víveres, gaseosas, comidas. Todas mujeres –madres, hijas, abuelas, parejas– y bebés. Nos estaban esperando en un aula grande, con tres mesas rectangulares, más de veinte hombres sentados en sus sillas, expectantes, ansiosos, con ganas de escucharnos. Nos sentamos en una esquina las tres que fuimos ese primer día (con el correr del tiempo cambiamos la disposición y nos mezclábamos en los distintos lugares) y empezamos a romper el hielo de manera espontánea. Fue un choque esa sala en silencio y atónita. Tuvimos la muy mala idea de empezar con el ensayo de García

Lao, algunos fragmentos para hablar sobre literatura. Costó muchísimo. La lectura de corrido era difícil (trabajamos leyendo un párrafo cada una en voz alta). La reflexión sobre lo que decía el texto, peor. Casi nadie entendió de qué iba. Pero la remontamos, hicimos chistes, pudimos ubicar al “grupito del fondo” que bardeaba, a los más interesados, a los que van por el certificado. De ese gran grupo, unos diez se mantuvieron, con mucha predisposición y participación activa. Después fueron pasando varios. Los grupos en la cárcel son muy difíciles de conformar, por las propias lógicas de la institución. No siempre es la misma gente, muchas veces no los llaman (el rol de los agentes penitenciarios es a veces muy caprichoso, malintencionado, atroz, ambivalente; pero siempre, muy difícil de anticipar), otras veces no quieren o no pueden ir, el horario les coincide con la “fajina” o con las visitas y las llamadas que siempre cambian de día. Entonces, mantener un grupo estable es bastante complicado. El año pasado, de los casi veinte encuentros que tuvimos, pasaron más de cincuenta personas y podemos decir que nadie estuvo desde el principio hasta el final. Pero el grupo nunca es el mismo, así que cada vez había que empezar con una pequeña presentación: este taller no suma puntos, venimos porque queremos (porque creemos en la educación como derecho fundamental, como derecho humano), no damos tareas, sino ejercicios y lecturas por placer, varias cosas por el estilo.

Al comienzo del taller, nos dimos con una realidad nueva. Yo, insegura por demás, sin la misma cancha de las chicas que están acostumbradas a dar clases en escuelas, me sentía intimidada por la cantidad de asistentes. Muchas miradas expectantes, no sé qué esperaban. La heterogeneidad del grupo era otro factor. Algunos eran lectores ávidos, otros tenían dificultad para entender los textos que llevábamos. ¿Qué hacer? Llevar textos demasiado básicos se sentía como subestimarlos, llevar textos complejos era perder la atención de la mayoría de los asistentes, hacer un taller para unos pocos. Nuestra idea siempre fue que el taller fuera abierto a todos, sin importar su nivel de escolarización. Queríamos que la literatura no fuera un privilegio, que escribir sea para todo el mundo. Fue difícil, pero con el tiempo llegamos a un entendimiento. Seleccionábamos textos más simples, más directos. Hacíamos ejercicios de escritura menos rebuscados. Llevó mucho tiempo que se engancharan, y mientras tanto surgían las preguntas: ¿Sirve de algo lo que estamos haciendo? ¿Qué hacemos acá? ¿Vienen solo porque no tienen nada mejor que hacer? También tuvimos

que encontrar nuestro lugar en todo eso. Aceptar el desinterés de algunos, entender que otros iban solo por la buena conducta. Manejar un aula con personas nuevas todo el tiempo, algunos que no tenían idea de qué hablábamos ni les importaba. Requirió esfuerzo, superar frustraciones, derribar prejuicios y expectativas de “escuelita”. Quizás si nos hubiéramos detenido en los primeros meses habríamos sentido que no conseguimos nada. Sólo por momentos, sólo avanzado el taller, vislumbramos algunos efectos. Sí, fue un proceso algo caótico. Fue necesario frenar y recalcularse varias veces. Aprender. Preguntarnos cuál era nuestro objetivo, qué era lo que no queríamos. Replantearnos muchas cosas. Aceptar lo impredecible.

Hay muchos pasajes dentro de la cárcel. Por más que la lógica edilicia y burocrática indique un laberinto donde el movimiento debe trabarse y volverse sumiso, ínfimo, encontré lo contrario, espacios internos y puentes con curvas. Como visitante esporádica, mi primer ingreso iba cargado de expectativas. En verdad, miedo de atravesar ese umbral donde dejamos los documentos de identidad y el horizonte lejano, la preciada autonomía, para que algo, seguramente, se quiebre. El acontecimiento, el evento traumático, el clásico antes y después. Pero no divisé las fronteras. Mi primer día cruzamos apuradas todas las puertas y portones, casi sin pensar. Llegábamos tarde porque nos habían demorado en la puerta y porque nuestras vidas están cargadas de condimentos para poder también, por qué no, ir a la cárcel a las corridas. ¿A qué iba? En el fondo no lo sabía.

Quizás era eso, cruzar una puerta pesada y ver si lo soportaba, como si sólo se tratase de mí. Pero el primer umbral fue hacia el otro, esa mirada de los hombres que nos esperaban en un patio de escuela, con algunas cartulinas y una bandera en el centro, como un espejismo en medio del hierro y el hormigón, hizo que por fin me olvidara de mí. Mirada de curiosidad y duda, de por fin vinieron, de menos mal, de acá estoy, de hoy hay taller. La mirada que es todo oído y recelo, la mirada de puntos suspensivos, la de ésta quién es, todas eran también las mías. Y lo fue cada vez. Entre reflejos no siempre hay líneas.

Luego, en ese espacio cerrado, nada está dicho del todo, no hay obviedades ni costumbres del todo arraigadas. Los miedos que llevaba se diluyeron y aparecieron otros, ahí mismo (como saludar con un beso, habilitar la mirada franca, saber la mirada en los cuerpos), pasaron de largo, eran los que tenía en cualquier parte y llevaron a develar

otros miedos, de mí misma. Qué contar y qué no, por qué recelo de dar datos de mi vida, por qué pienso que son “datos” cuando en otro contexto simplemente charlaría sobre esas “cosas cotidianas” de igual a igual. Sí, “de igual a igual” se volvió una laguna enorme en la que nado y encuentro contradicciones todo el tiempo, pasajes nuevos sin determinar. Y si me asomo, quizás veo más de mí en el mundo que me habilita a ir a la cárcel que de lo que no llego a comprender del que “visito”. Así me escuché decir que doy clases, esquivando nombrar la escuela, desviando el interés al mismo tiempo que aflojaba el escudo al notar que lo que tiraba del otro lado era el cordón de la charla. Para que hubiera taller hacía falta comunidad en ese encuentro.

Con hombres sí

Con el tiempo, también entendimos que los textos que habíamos intentado evitar (por ejemplo, cuentos sobre fútbol), para no seguir reproduciendo las típicas temáticas “masculinas”, eran en realidad parte de un proceso a trabajar, porque en su momento fueron la mejor puerta de entrada, el gancho necesario. Con el correr de los encuentros también entendimos la dificultad de trabajar, como supimos hacerlo con mujeres, con textos que cuestionaran el binarismo de género y el androcentrismo. Desde un comienzo, tuvimos que retroceder nuestras expectativas varios escalones porque nos topamos con otras barreras asociadas a la lectocomprensión y a la casi nula práctica de escritura de muchos de ellos. Además, en algunos casos, nos costaba el feminismo.

Recuerdo una situación puntual, en la que estábamos analizando la letra de una canción de cuarteto, en la que se cuenta cómo ella se va con otro. Ahí, uno dijo algo así como que la mujer es siempre muy engañadora, que tiene más oportunidades que los hombres y que se merecía que le peguen o la castiguen. Creo que hasta llegó a decir que se merecía que la mataran. Al pasar y muy rápidamente, contó sobre un compañero que estaba en la cárcel por eso y que era injusto. Digamos, un comentario feminicida directamente. No pude mucho más que esbozar un “eso no se dice”, un reto de maestra al niño impertinente, que se va de boca, el irrespetuoso. Alcé la voz y preocupada me extendí un poquito más. También se notaba que me estaba provocando. A

veces aparece ese rol en algunos de ellos: te miden, ven hasta dónde aceptás, cuánto das, cómo reaccionás.

Lo mismo pasó alguna que otra vez con comentarios homofóbicos. Un día salió casi sin querer un tema muy caro para sociolingüistas como yo: cuestiones sobre léxico carcelario. Estábamos conversando y yo estaba parada escribiendo en el pizarrón, miro para afuera por la ventana que da al gran pasillo que va conectado con los distintos sectores del módulo (sala de visitas, Escuela, Culto) y digo: *uff, qué ricas esas medialunas*. Yo veo mal, entonces me corrigen, no era una bandeja con panificación, sino con “ave”. ¿Qué? Eran pollos. Ahí se abrió un hermoso portal, conversar sobre palabras de *ahí*. Entre varias (esquela, palomear, oro blanco, serie, suncho), salieron estas: producto (huevo), embutido (salchicha), vaca (leche), vaca rallada (leche en polvo), plátano (banana). Ahí nomás entendimos que compartían un campo semántico. Pero no relacionado con lo culinario, los alimentos o cosas por el estilo. Sino, un campo que intenta evitar posibles vinculaciones que pudieran romper el contrato heterosexual. Se evita decir pollo, por su similitud con la cola (así nos lo explicaron), entonces le llaman ave. Lo mismo con la leche, con la banana, la salchicha, el huevo. Con todas esas palabras cuya derivación semántica se asocia al cuerpo masculino y, por extensión, al acto sexual entre varones. Los genitales masculinos se evitan y se resignifican. La creatividad lingüística puesta en juego para un fin muy claro: que no haya siquiera la posibilidad del chiste fácil, que a nadie le digan puto por pedir que le pasen la leche.

También hubo una situación de otro orden el último día del taller, o que verbalizamos el último día. Uno de los participantes, que era de esos que siempre venían, de unos setenta años o más, cuando nos despedimos nos da un abrazo “incómodo”. Se ve que fue con todas, porque lo comentamos en el auto al volver casi al mismo tiempo. Sentimos que nos había tocado las tetas con el roce de su cuerpo, que el beso en el cachete era más intenso que el de los otros (después caímos en cuenta que siempre sus besos eran así, un poco más intensos), que el acercamiento de los cuerpos con él duró un poco más. Eso que sentimos las minas muchas veces, a lo que estamos acostumbradas de alguna forma. No le dimos mucha cabida a la cuestión, pero sí decidimos intentar no acercarnos tanto, estar un poquito más alertas. ¿Qué pasa con los cuerpos cuando se rozan? ¿Qué pasa con la caricia que se

convierte en toqueteo? ¿Cuáles son las diferentes formas de ultrajar un cuerpo? ¿Qué tenemos que hacer con todo eso? ¿Hay que hacer algo?

En uno de los encuentros trabajamos con las “malas palabras”: cuáles son, por qué, quiénes las llaman así. Nos hablaba un famoso texto de Fontanarrosa. En verdad intentábamos lograr escribir sin censuras ni trabas, ya que nuestra idea siempre fue mostrar que la literatura puede ser otra cosa: no es necesariamente esa escritura sofisticada con palabras difíciles, incluso puede incomodar. La idea era animarnos a escribir como salga, ya que ese “lo que salga” también tiene un gran valor. Y decimos “animarnos” para espantar las pretensiones o expectativas de “cultura elevada” que nos atraviesan, de que hay una forma “correcta” de decir o expresarse, de que nuestras formas coloquiales o de entender el mundo no son suficientes.

Cuando la comunidad nace, somos los que compartimos lápices y lapiceras porque se van acabando, porque no hay recursos y sí requisas. Compartimos extrañar el texto perdido, el compañero que está con visitas, el que se fue a la fajina o está por irse y pregunta *¿qué vamos a hacer?, porque me lo voy a perder*. Somos, y también me siento intrusa, falsa turista. Y en medio de todo, el “grupito del fondo” –que charla y se ríe, que interrumpe y a veces provoca con comentarios o chistes que distraen cortando la atmósfera– empieza a perder el velo de su mote. Entre ellos, uno particularmente intenso, un día cuenta su historia por una imagen, lentamente pero cada vez con más profundidad. La historia involucra un lago y atraviesa su vida, sale como presionada de adentro, recurrente. Cada vez imagino más ese espacio suyo, y cada vez me habla más a mí. Hay una voz que me cuenta algo, una silla pegada a la otra, a mí, para nada. Soy el instrumento de revelado de una persona hablando consigo misma, soy testigo de esa magia.

Otro día, el mismo de la imagen parece estar cansado, después de un “recreo” se estira y me dice que tiene sueño. Sus compañeros –los del grupito del fondo– se ríen, se burlan, pero esta vez él no se suma y decide contarme por lo bajo que está mal, que *esta vez* el cuerpo no va a aguantar, así que tuvo que pedir ayuda. Le dieron calmantes y se duerme. Se le ríen, pero entre cabezazos me mira como si estuviéramos en un aparte de teatro, en un corte de cámara, y me dice que no sabe si se lo va a aguantar.

En otro encuentro, se niega a escribir su línea en un cadáver exquisito. Se niega pero llama la atención, me llama. Voy, dice varias veces

que no sabe escribir. Le señalo su letra y su frase. Repite lo mismo y dice que no fue a la escuela, *pero escribís*, le digo. Cuenta que aprendió en otra condena, gracias a otros presos: los números para marcar el teléfono, las letras para leer las cartas de sus hijos. En esos momentos no hay chistes. Tampoco hay comentarios cuando alguien no quiere leer en voz alta cuando compartimos “un fragmento cada uno” alrededor de la letra y a través de un texto.

Un bache de puntos suspensivos une el cordón que se trama alrededor de las enormes mesas cuadradas rodeadas de hombres tan silenciosos como atronadores antes de conocerlos. Un bache en el que a veces circulan los lentes porque faltan, los suspiros, los ojos vidriosos. Un silencio de entender cómo puede calar un texto que simplemente cuenta la vida de un hombre desde que es niño hasta el aburrimiento de la adultez. Cuando leímos “Hoy temprano” de Mairal, nadie estaba en la cárcel, todos viajamos en ese auto. Quienes tenían más de cincuenta suspiraron. Ser instrumento de diálogo interno es una experiencia particular. Habitar las contradicciones, caminar en un monte cerrado, con vistas y senderos donde antes solo había campo.

La primera regla

Hay una regla básica, tácita, *obvia*, coherente con el principio del derecho humano a la educación para quienes trabajamos en cárceles desde el PUC, que es la de no preguntar sobre la causa del encierro, cuál es el (supuesto) delito cometido. Pero muchas veces esa información aparece, aunque no quieras, aunque no la hayas preguntado, esa información circula explícita o implícitamente. En nuestro caso, en algún cuento o en reflexiones posteriores a la lectura: casi siempre, el comentario tiene que ver con alguna vinculación autobiográfica, algún recuerdo. Otras veces, en los pequeños recesos que dábamos, nos quedábamos conversando y ahí salía la historia: “yo sé que lo que hice está mal, pero ya lo entendí, estoy pagando mi pena” / “la otra vez en el último baile de Jiménez salimos a trabajar al kempes” / “yo estoy acá por defender a un amigo, pero no tuve la culpa” / “...”

También sale otra información, como el barrio, el colegio, el pueblo, los lugares frecuentados. A veces, esto tiene que ver con algunas propuestas de trabajos de escritura: cómo es tu hogar, podés describir el territorio, a quién le escribirías tal cosa.



Yo tenía bastante información sobre una persona en particular. Justo él era uno de esos que no faltan nunca, que están antes de hora, la carpeta impoluta, participación activa. Siempre que podía nos relataba detalles del funcionamiento del lugar: que era mejor tal pabellón porque ahí hay un trato especial, que la comida no sé qué, cómo se comportan algunos, estrategias vitales de supervivencia cotidiana. Un día después del taller me junto con una amiga abogada y entre varios temas le cuento sobre lo que estábamos haciendo en Extensión y no sé por qué salió contarle sobre él. Y no sé por qué se nos ocurrió buscar la causa. Era tremenda, terrible, abominable. ¿Qué hacer, cómo seguir, cómo volver a mirarlo?

Yo había estado mal, no hay que escarbar en el archivo, para qué saber, por qué preguntar de más. No le conté a mis compañeras, no quería imponerles una situación que ellas no habían buscado y tampoco quería que nada se rompiera. ¿*Tenía* que hacer algo? ¿Era la “conciencia feminista” la que me *obligaba* a tomar alguna decisión? Preferí una salida: someterme a la situación sin pensarlo demasiado. Dejar que el cuerpo decida en el frente a frente. Y así fue. No pasó nada, no traicioné a nadie. Seguimos trabajando, conversando, el trato fue el mismo, pero algo cambió. ¿Qué pasa cuando hablamos de derecho a... pero no es para todos? ¿A quiénes decidimos dejar afuera, hasta dónde llega nuestra “ética punitivista” cuando justamente trabajamos desde el antipunitivismo?

Escribir, escuchar, escribir, escuchar

Estos talleres de lectura y escritura siempre fueron un espacio, en lo personal, muy importante: yo no escribo, casi no leo poesía, me cuesta, me encanta, pero me cuesta. Desde hace algunos años esto cambió, porque los talleres siempre fueron pensados como lugares en los que compartimos y ese compartir implica también ponernos a escribir nosotras, las coordinadoras. Y lo más gratificante, escucharnos entre todas, comentarnos, alentarnos, analizar los textos, discutir sobre la manera en la que los pensamos. Pero *en* hombres casi no escribimos. Un poco se rompió esa dinámica. Al principio fue por la dificultad de coordinar un grupo de mucha gente y porque las habilidades para la lectura y la escritura, en casi todos, eran escasas. El foco lo tuvi-

mos que poner en reforzar esos aspectos, retroceder también con las expectativas que habíamos puesto en la organización de cada uno de los encuentros, las actividades propuestas, las lecturas que llevamos. Pero cuando ya aceitamos la dinámica y el grupo se consolidó, hubo una parte nuestra que no fluyó. ¿Qué pasó ahí? ¿No había la suficiente confianza para mostrar(nos)? ¿No podíamos soltar la mano y relajar la mente, por el lugar, por el espacio, por la gente?

Convertimos a la escritura en un juego. Escribimos con dibujos, pintamos imaginarios, cortamos fotografías, pegamos palabras, mapeamos historias, creamos cartografías poéticas, y construimos así montajes de historias sin fin y mundos sin rejas. Viajamos en el Peugeot 404 bordó de Pedro Mairal.

En nuestros primeros talleres insistimos mucho en trabajar con la idea de ficción. Estábamos varios encuentros intentando explicarlo, y cada vez que salía algo autobiográfico tendíamos a intentar darle una vuelta de tuerca. ¿No queríamos que nos cuenten sus historias? ¿Por qué le temíamos tanto al relato de vida? Pero esta vez, como costó bastante la parte teórica, dejamos fluir la historia de vida en el cuento, en el poema, en la canción. Y hacia el final del taller, cuando estábamos empezando a cerrar los encuentros y propusimos ponerle nombre al espacio salió *Terapiatura*. Hermoso e impredecible neologismo. Charlamos sobre eso y en un raptó de autorreflexión y emotividad compartimos lo que había o venía significando el taller para algunas. Surgió la idea de pensarlo como un espacio terapéutico, en el que una vez a la semana podíamos conversar sobre otra cosa, leer, escribir, imaginar. Hablar sobre lo que nos pasa, lo que sentimos, una pequeña ventana de libertad en ese lugar tan horrible. A *terapiatura* se le sumó otra palabra: coraje. “Taller de lectura y escritura literaria: Terapiatura, el Coraje”. Porque “hay que tener coraje para estar acá, para escribir, para decir lo que sentimos”, algo así dijo quien lo propuso. Nos encantó, algo se empezó a mover entre nosotras. Sentimos que muchas de esas ideas con las que fuimos al comienzo, las barreras que fuimos saltando con el paso del tiempo, la manera en la que nos fuimos parando las cuatro mujeres blancas universitarias piolas se fueron modificando mientras nos íbamos conociendo. También ese miedo (?) a los “hombres presos” –quizás algunos por cuestiones de género– se iba transformando en otra cosa, no sabemos bien en qué, pero muchos detalles que al principio habíamos charlado profundamente en nuestras reuniones internas, preocu-

paciones de todo tipo, comenzaron a importarnos menos, los olvidamos, hasta nos producen gracia cuando los recordamos. Cada vez estamos más convencidas de nuestro trabajo. ¿Será eso el *intercambio de saberes*? ¿Cómo podríamos poner en palabras ese saber que nos fueron transmitiendo cada jueves, ese conocimiento del mundo, de sus mundos, del mundo carcelario que nos fueron compartiendo y que nos fue transformando, que nos arrojó otras ideas sobre la poesía, sobre la literatura, sobre leer y escribir?

La escritura como viaje, como deriva, como escape, como des/re-conexión. Prestar atención a los detalles, identificarlos en las lecturas, describirlos en la escritura. Les propusimos un viaje por las calles de la ciudad de Córdoba, ¿qué dicen las paredes?, ¿qué escribirían en las paredes?, “que no haya paz en la tumba del verdugo”, ¿dónde lo grafitearían?, “en la pared de la Central de Policía”, nos dijo uno. Palabras que trascendieron muros. Frases que tatuaron cuerpos.

Dos de los participantes eran padre e hijo. Se nos ocurrió una vez decir que qué bueno que pudieran estar juntos. El hijo, un día que su padre no había ido, nos dijo: “es lo peor que te puede pasar, porque tenés que estar todo el día alerta, pendiente que no le pase nada”. Hasta en eso la percepción cambia. Estar allá adentro al lado de un ser querido no es una ganancia, es puro peligro. Allá las cosas se arreglan con ibuprofeno y calmantes. Uno de los chicos se la pasaba sedado, se llegó a dormir en la sala. Un día, somnoliento, se largó a llorar, estaba mal, no lo soportaba. No había nacido para esto, como nos supo decir otro una vez. ¿Alguien ha nacido para esto?

En una oportunidad, quisimos armar un campo semántico entre todos. Habíamos quedado en no nombrar la cárcel esta vez, pero igual salió, porque aturdí de innombrada en nuestros textos. Salió y se pobló de sinónimos, hasta que uno de los asistentes, uno que a veces desvariaba y otras no decía nada, develó que es tener perspectiva: agregó un montón de términos positivos que tenían que ver con el estar allí, solos, pero con otros. Fue extraño, nadie se negó. Él justificó cada palabra agregada y casi nos convenció por un segundo que no era tan horrible. Lo curioso fue que la otra palabra elegida fue sociedad, el sabor también fue agri dulce. Sin embargo, ese día fue clave para reconocer que se estaba entablando un diálogo entre todos, de encuentro a encuentro, un campo semántico del taller que derivaría en términos propios.

Esperas

Que la escritura penetre en las cárceles como un virus, pero no el del COVID-19 que se llevó a muchos de ellos y que profundizó las barreras con el “afuera”, sino un virus que comience a desintegrar los muros de esa *institución total* y nos haga pensar en quienes están “adentro”. La ilusión como arma revolucionaria.

Si continuamos con el taller, hay muchas cosas que todavía no sabemos, que necesitamos aceitar. También hay muchas cosas que solo podemos saber una vez que volvamos a ir. Porque entrar ahí también es aceptar la pérdida del control a favor del sistema carcelario, no saber qué esperar, qué creer. Si les van a avisar que venimos, a quiénes le van a informar del taller, cuánto tiempo tardaremos para poder entrar, y el resto de las restricciones propias del lugar: medir los límites de lo que podemos decir y escribir en ese espacio, de lo que está permitido, de lo que puede ser problemático, incluso de lo aceptable para los mismos talleristas.

Quizás, con una Ursula K. Le Guin en el oído, podríamos decir que escribir importa, que leernos importa, porque hace falta contar historias –contarnos– para ser/hacer comunidad. Y eso implica habitar y habilitar la contradicción para tramarla. Escribir como un ensayo constante, para un hilo invisible que teje aún en los “adentros” y “afueras” un paño extenso y compartido. Decir es escuchar, dijo Úrsula. Queremos que escribir y escuchar sean reales aún entre el cemento con tiempos digitados, hacia y desde, para todes. Queremos derechos para todes.

Referencias

- Fontanarrosa, Roberto. (2004). Las malas palabras. *Conferencia en el III Congreso Internacional de la Lengua Española*. Rosario, Argentina.
- García Lao, Fernanda. (17 de julio de 2016). Bucear sin agua. *Página 12*. Argentina. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-11647-2016-07-17.html>
- Kroeber Le Guin, Ursula. (2018). *Contar es escuchar. Sobre la lectura, la escritura, la imaginación*. Madrid: Traficante de Libros.



Maillard, Chantal. (2004). *Matar a Platón*. Barcelona: Tusquets

Mairal, Pedro. (2001). *Hoy temprano*. Buenos Aires: Ediciones Aguilar.